

EN RECUERDO DE JORGE CARPIZO

Enrique GRAUE

Durante semanas, en los ratos que deja el trabajo cotidiano y la convivencia familiar, me preguntaba qué iría yo a escribir en recuerdo de mi amigo el doctor Jorge Carpizo, o, como dirían sus colegas los abogados en cualquier convenio, *de aquí en adelante denominado Jorge*. Decidí dejarles a ellos la narración de sus facetas de universitario notable, juriconsulto, diplomático, fundador de instituciones y humanista. Seguramente añadirán a su ya muy comentada trayectoria, enriquecedoras anécdotas profesionales. Yo preferí optar por relatar mi experiencia humana con él.

Mi relación con Jorge no fue frecuente, pero sí cercana y sincera. Lo evoco con nostalgia e, invariablemente, con una sonrisa. La nostalgia de su ausencia y la sonrisa por su recuerdo. A Jorge, necesariamente, se le recuerda con alegría; tenía esa alegría interna que solo da el gusto y la intensidad por la vida, y que podía contagiar por el simple y momentáneo contacto con su presencia.

Debe de haber sido alrededor de 1973 cuando lo conocí. Junto con Juan Ramón de la Fuente era yo estudiante del cuarto año de medicina, y representábamos los intereses de esa generación, que al año siguiente ingresaría al internado. Las condiciones de estudiantes-trabajadores en las que nos desempeñábamos como internos en las instituciones de salud eran deplorables (lo siguen siendo, pero entonces eran peores); se buscaba un aumento de la beca que se otorgaba a los internos y mejores condiciones de trabajo en las guardias. Para el efecto, acudimos a la oficina del abogado general de la UNAM. Nos recibió Jorge Carpizo, entonces subdirector de Asuntos Jurídicos. No recuerdo cómo es que llegamos a él, pero sí tengo muy presente que tuvimos una entrevista con un hombre joven, pulcro, de trato elegante y directo en sus cuestionamientos. Jorge tendría entonces unos 29 años. Nosotros rondábamos los 22. Carpizo prometió un estudio sobre el caso, y un par de semanas después se comunicó con nosotros.

Del estudio nada bueno salió para los fines que perseguíamos, pero fuimos orientados con cortesía, seriedad y claridad jurídicas. Como sucede

en este país, desde hace décadas, el asunto de los internos concluyó en una marcha a Los Pinos, y se resolvieron muchas de las peticiones solicitadas. Pero el estudio jurídico que sobre el caso de los internos realizara Carpizo sigue siendo válido. Nos hizo ver entonces lo difícil que es discernir entre cuándo un estudiante en entrenamiento deja ya de aprender para aplicar lo aprendido y se convierte de *facto* en un trabajador de la institución de salud en cuestión. Disyuntiva no resuelta que, hasta la fecha, sigue vigente, y en espera de una mejor definición.

Ese fue mi primer contacto con Jorge. Después, la vida nos alejó. Los estudios de posgrado y la estancia en el extranjero hicieron que nos volviéramos a encontrar cuando ya Jorge era abogado general y, posteriormente, a lo largo de su larga y venturosa trayectoria dentro y fuera de nuestra Universidad. Durante esos años los encuentros fueron frecuentes, y Jorge se convirtió en mi paciente. Eventualmente, la amistad con Jorge se extendió a mi familia. Colaboró en este hecho el que Jorge fuera un querido alumno del padre de mi esposa, Mercedes. La conjunción de factores catalizó la amistad.

Las reuniones con él se hicieron ocasionales y periódicas. Ocasionales, por las ocupaciones de Jorge; o periódicas, cuando sus constantes actividades se relajaban. Siempre fueron agradabilísimas. Jorge era un conversador maravilloso, que permitía la interlocución; sus conversaciones, indefectiblemente, se aderezaban de esa risa única, casi para adentro, que lo caracterizaba. Los temas nunca eran banales, siempre eran de actualidad, con información oportuna de primera mano, que Jorge compartía con discreción, pero sin ocultamientos. Además, Jorge se interesaba por los que tenía enfrente; escuchaba, aconsejaba sin jactancia y compartía sus experiencias con generosidad. Escucharlo relatar sus viajes era un deleite; especialmente a la India, país que visitó en varias ocasiones, y del que terminó enamorado. Tenía una memoria prodigiosa, y recordaba con precisión nombres, lugares, sucesos históricos, anécdotas, etcétera.

Nunca le agradecí suficientemente el que haya estado pendiente, a pesar de su apretada agenda y de sus trascendentes cometidos, de lo que me sucedía profesional o familiarmente. Se daba tiempo para aconsejar, apoyar y acompañar.

Jorge gozaba platicar sus interesantísimas experiencias a su paso por la Procuraduría General de la República, y narraba los hechos con gran detalle, y cuando se requería, gran sentido del humor. Recuerdo haberlo escuchado, casi inaudible por su carcajada franca, como había tenido alguna vez que salir en pijama de su casa ante una emergencia; o como había

tenido que responder ante alguna insolente afrenta. Siempre escuché con atención sus ideas liberales y admiré con qué sustento, claridad, contundencia y hombría defendía sus posiciones.

Me asombraba el respeto que tenía por las ideas con las que él no comulgaba, rebatiendo siempre sin ofender al adversario.

Ni qué decir de su estancia como rector de nuestra Universidad, a la que amó, respetó y sirvió con devoción. La valentía con la que se atrevió a realizar una disección de las fortalezas y debilidades de nuestra casa de estudios nunca fue bien comprendida ni apreciada. Tomó decisiones, confesado por él, en una gran soledad, pero también con grandeza de espíritu, de una gran entereza. Así, entre sostener sus convicciones a costa de la tranquilidad de la comunidad universitaria, optó por no postularse para un segundo periodo, atendiendo además a su profunda convicción de que las reelecciones no eran deseables.

Si a lo anterior se le agrega que a Jorge le gustaba comer bien y disfrutaba inmensamente la buena mesa y el buen vino, con toda la moderación propia del saber comer y beber, se comprenderá que las veladas con él eran ansiadas y esperadas con el entusiasmo propio de una amistad entrañable.

Son esos momentos que viví con Jorge, en repetidas ocasiones, que decidí compartir con quien lea estas páginas.

Un par de semanas antes de su fallecimiento, Jorge acudió a mi consultorio a su revisión oftalmológica periódica, que acostumbraba antes de cualquier viaje prolongado. Jorge se iba a someter a una intervención quirúrgica menor, y deseaba conocer el estado de sus ojos y actualizar su graduación. Estaba entusiasta y confiado, pleno y lleno de vida y de nuevos proyectos. La intervención prometía ser un mero trámite quirúrgico con una rehabilitación sencilla y temprana. No sucedió así.

Los médicos sabemos que ningún procedimiento o medicamento está exento de complicaciones, algunas de ellas mortales. No por ello se dejan de hacer. Todo siempre es un balance entre los riesgos existentes y los beneficios esperados. En el caso de Jorge Carpizo, el beneficio le permitiría una vida más confortable, y los riesgos eran calculados, remotos y excepcionales. Pero Jorge era un ser excepcional, y la excepción lo alcanzó. Por la tarde del viernes 30 de marzo de 2012 me enteré de su incomprensible e inesperado deceso.

Esa noche, en el velatorio del ISSSTE, llegamos sus amigos y la gente que lo admiramos. En todos nosotros existía una sensación de vacío, del vacío que deja la pérdida irreparable. La tristeza profunda de la ausencia de un ser querido, de un universitario ejemplar, de un hombre público sin tachas, integérrimo con sus ideales y convicciones, de un defensor de la

ley y de la verdad. De un hombre católico y de laicidad civil. Valiente y honesto.

Jorge Carpizo fue un ejemplo. Su memoria no debe descansar en paz en todos los que tuvimos el privilegio de tratarlo, pues él será siempre un modelo a seguir como ser humano, como universitario y como hombre público.